

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Lucha de clases

Nuevamente se agudiza el estado de lucha de clases a que múltiples concusos invitan y fuerzan hoy a numerosos elementos sociales.

Las casi constantes huelgas que de algún tiempo a esta parte son el pan de todos los días en Barcelona, y también en otros puntos, y los perennes perjuicios que las anomalías de todo género producen en el régimen económico de la producción, han inducido a los patronos a la defensa.

Y para ello han pensado en el lockout, en el despido de obreros, arma cruel, pero reconocida como licita en el terreno de las luchas sociales.

Nosotros, que enjuiciamos estas cuestiones no tanto a la luz del derecho estricto como a la de la caridad y fraternidad cristiana que debe ser al más firme nexo de la sociedad, vemos en esa lucha de intereses encontrados un reflejo más de la horrible lucha de clases que el socialismo da de sí.

Imposible es que los obreros puedan mejorar en sus intereses con el sistema de las constantes huelgas, ya que nada hay que perjudique al trabajo más que la anomalía en el trabajar.

También resulta imposible que las industrias, fundadas en el elemento patronal, que es el capital, como base, pero también fundadas en los brazos del obrero como elemento indispensable, puedan progresar con este perpetuo régimen de incidencias.

Nosotros, ante ese estado de anomalía social que reina por todas partes, volvemos a repetir nuestra fórmula de otras veces, esas palabras tan olvidadas del gran libro del Catecismo, que manda a los obreros servir a sus superiores como quien en ellos sirve a Dios, y que ordenan a los patronos tratar a sus servidores nada menos que como hijos de Dios y, por consiguiente, hermanos.

En esa sencillísima fórmula enyérranse resueltos los más altos problemas de sociología de actualidad.

El día de la siembra

¡Sembradores a los campos,
que es el día de la siembra
y esponjada y anhelante de semillas
preparada está la tierra!
No dejéis pasar el día, que es hermoso
(sembradores...)

¡a los campos!... alborea,
y las tierras entregadas a la vida,
al fecundo espasmo tiemblan!
Echad bródigos al surco
la semilla sana y buena...

Confíad en vuestro esfuerzo, que
(bendice Dios los campos
y ha de ser la más hermosa de la
(vida la cosecha)

¡Sembradores, a los campos,
ya regada está la tierra
con la sangre de los hombres, y hon-
(dos surcos
han abierto los trabajos y las penas...

¡Sembradores de la vida, sem-
(bradores,
arrojad sobre los surcos las ideas!...
Confíad en vuestro esfuerzo, que
(bendice Dios los campos
y ha de ser la más hermosa de la vi-
(da la cosecha.

VICENTE MEDINA

Estudios Sociales

LA MODA. LA ELEGANCIA, LA ARISTOCRACIA

En un tranvía he presenciado esta mañana una escena muy curiosa. Sentada junto a una dama respetable, sin duda, aunque har- to afeitada y compuesta para su edad senil, viajaba una jovenzuela muy linda, que por su traza parecía pertenecer a esa burguesía acomodada que puede seguir las oscilaciones de la moda femenina con sumisión digna de mejor causa. La joven iba vestida con sencillez y elegante desenvoltura, y mostraba a los demás viajeros un gestecillo en el que se entreveraban la indiferencia y el desdén, uno de esos gestos mediante los que se establece como una barrera, y se hace sentir una altivez de clase al prójimo. Frente a la joven iba un hombre del pueblo, atento a sus actitudes. Y la joven elegante comenzó a mostrarse desasosegada, y a hacer improbos esfuerzos para alargarse las faldas, pretendiendo, por lo visto, que la tela liviana de que estaban compuestas adquiriese una elasticidad repentina. Cogía la tela con los dedos, y trataba en vano de estirla hacia abajo. El hombre del pueblo, lleno de una be-

névola curiosidad, asistía a aquella inútil tentativa, esperando ver si, realmente, la tela aquella se extendía y ampliaba a capricho. Y en efecto, mientras la protagonista de la escena muda se mantenía inclinada, las faldas descendían un tanto; pero tan pronto como se alzaba y quedaba sentada en posición normal, volvían a ascender de nuevo, con lo que la señorita se encendía en rubor y sobresalto.

Viéndola apurada, y al parecer llena de sorpresa ante aquel conflicto, uno sentía el secreto anhelo de explicarle:

—No se esfuerce usted. Ese problema tiene solución. No hay más que añadirle a la falda medio metro de tela, y no le volverá a ocurrir a usted una escena como ésta. Si su pudor se despierta al darse cuenta de que va usted vestida sólo a trozos, lo mejor es que le añada usted al vestido lo que le falta. Y si de todos modos usted prefiere ir medio desnuda, conforme a los cánones de la moda, ¿para qué representa usted esta pequeña farsa del pudor alarmado, y simula usted que esa cortedad de sus faldas es cosa que le sorprende y enfada?

Probablemente la protagonista de la escena no fingía. Su delicadeza y rubor femeninos se sentían vejados ante la mirada insistente y disculpable del espectador popular, a quien nadie podía lógicamente impedir que observase sin recato lo que con menos recato aun se ofrecía a la curiosidad pública. La señorita era ruborosa, sincera y profundamente púdica. Era muy bella además. Y no ha sido ningún padre de la Iglesia, sino Federico Nietzsche quien ha dicho que «el pudor, en las mujeres, aumenta con su belleza». Pero la señorita era distinguida. La señorita cree que es cosa de espíritus selectos seguir la moda hasta en sus aberraciones. La señorita ignora que esa fidelidad canina con que muchas otras señoritas y muchos caballeros siguen la moda, no es un fenómeno demostrativo de superioridad de gusto y de espíritu, sino acto simiesco, que los zoológicos han estudiado y clasificado en las le-

yes de la imitación, como se ordenan y fijan las costumbres de las abejas y de otros seres inferiores. Por seguir la moda sin mesura, el hombre no demuestra sino la hipertrofia de su instinto remedador, es decir, aquella facultad que le hace sospechoso de parentesco colateral con el mono. Y ser mujer a la moda, adaptarse devotamente a la moda, no es sino mostrar un alma de munición, gregaria rebañega.

—Vístase usted bien, señorita—le hubiéramos dicho de buena gana—vístase usted con elegancia y con lujo si su riqueza se lo permite. Pero no se atavie usted a la moda de las cortesanas extranjeras, usted que tiene un espíritu candoroso y que se pone roja de vergüenza al darse cuenta de que la observan con descaro. Elija usted de las modas los colores y las líneas que armonicen con su belleza, pero no olvide los que casan con su decoro. Ya ve usted que no se le puede dejar en casa. Y porque lo siente usted, y lo olvidó al hacerse ese vestido, nos está usted dando sin necesidad, una impresión de mogigatería y de hipocresía.

Pero nada le dijimos, naturalmente. Este es un tema del que un hombre no puede hablar sin peligro de parecer insincero. Y sin embargo, el problema de la moda femenina, tiene un alcance que excede a éste de la longitud o cortedad de las faldas, y al de la semidesnuda con que se muestran y transitan las mujeres. Es el de la influencia que ejerce una forma de cosmopolitismo, impuesta por cierta raza dispersa que dispone del dinero en la mayor parte del mundo, y el de la necesidad con que sus usos y costumbres, conducentes a extinguir lo peculiar de cada país, se aceptan como signos de distinción. Se ha creado una moda internacional, que dicta sus leyes generalmente desde París, pero que no es cosa de la vieja aristocracia francesa, sino de la espuma equívoca de la sociedad parisién, y a cuya divulgación contribuye una organización internacional para la que el sentimiento nacional de cada pueblo es enojoso. Las aristocracias na-